POETICA

DE

DON FRANCISCO MARTINEZ

DE LA ROSA.





PALMA: IMPRENTA DE GUASP.

FEBRERO 1831.

POETICA

DE

DON FRANCISCO MARTINEZ

DE LA ROSA.



PALMA: IMPRENTA DE GUASP.

FEBRERO 1831.

ADVERTENCIA.

»Juan de la Cueva escribió en verso (con poco método, redundancia, desaliño y no segura crítica) una compilacion de preceptos relativos al arte de componer en poesía. Los Franceses tienen en su lengua la excelente Poética de Boileau; nos falta en España un poema semejante; y mientras no aparece, solo la *leccion poética* puede suplirle *." Asi se expresa D. Leandro Fernandez de Moratin en la última edicion de sus obras; y esta falta, sumamente reparable en una literatura tan rica como la española, indica al mismo tiempo el motivo y el fin de esta obra, aunque no la vana pretension de haber llenado cumplidamente su objeto.

Mas por defectuosa que sea, acarreará la ventaja de allanar á otros el camino para empresa tan difícil; siendo ademas muy útil á los jóvenes aplicados encontrar reunidos en una sola obra los preceptos esparcidos en muchas, y frecuentemente sin método ni órden. Hasta el ha-

* Alude á la excelente Sátira, premiada por la Real Academia Española.

llarlos en su idioma nativo aumentará la facilidad de comprenderlos, y el estar en verso la de grabarlos en el ánimo y retenerlos en la memoria.

Me he ceñido á no emplear en el Poema sino ejemplos tomados de autores griegos y latinos ó de poetas castellanos, para despertar en los jóvenes la aficion á la literatura clásica de los antiguos y á la de su propia nacion; medio el mas á propósito, en mi dictámen, de ir formando su *gusto*, al paso que se vayan enriqueciendo con las voces y frases de un lenguaje puro y correcto.

POETICA.

CANTO I.

DE LAS REGLAS GENERALES DE COMPOSICION.

Si el noble anhelo de la eterna fama
Que nuestros patrios vates merecieron
Vuestros fogosos ánimos inflama,
No os arrojeis, ó jóvenes hispanos,
Con temerario afan á la ardua empresa;
Ni oseis con torpe paso
Hollar á ciegas la escabrosa via
Que á la cumbre conduce del Parnaso.
Temed antes, temblad: una es la senda,
Los precipicios mil; quien en sí propio,
Del arte los preceptos desdeñando,
Vanamente confia,

Cual Ícaro tal vez remonta el vuelo;
Mas deshechas las alas mal seguras,
Despéñase con mengua al hondo suelo.
Si su suerte temeis, consultad antes
Cien veces y otras cien las propias fuerzas,
Y ved si grato el cielo
Os otorgó la ardiente *fantasía*,
El *ingenio* creador, digno tan solo
Del sacro lauro del divino Apolo.
Con tan sublime don favorecidos,
No dudeis aspirar en vuestros cantos
Al digno galardon: *natura bella*
Os mostrará las gracias, los encantos
A los ciegos profanos escondidos;
Y alzando el sacro velo,
Ofrecerá benigna á vuestros ojos
El propio, el solo, el único *modelo.*
Su fiel *imitacion* continuo sea
Vuestro estudio y placer, sin que del arte
El duro anhelo ni el afan se vea:
Desdeñando sacar una vil copia
Con baja esclavitud, libre campea
El *ingenio* creador; compara, elige,
Forma de mil objetos una idea;
Y ornando á su placer su propia hechura,
Émulo de natura
La iguala, la corrige, la hermosea.
Asi diestro pintor no copia á Silvia,
La hija mas bella de su patrio suelo,
Al retratar la hermosa Citerea;

De una y otra beldad forma en su mente
De la alma diosa el *ideal modelo*,
Al lienzo lo traslada, le da vida;
Y á su *ingenio* divino,
No á Jove ni á las Gracias, debe Vénus
Su airoso talle y rostro peregrino.
Mas si su osado arrojo
No modera la ardiente *fantasía;*
Si del *buen gusto* con desden desprecia
El cauto aviso y la prudente guia,
No os admireis si su arrogancia necia
De la segura senda os extravia.
Asi el bridon lozano,
Indócil, impaciente,
Si el yugo rompe de la diestra mano,
Corre el monte y el llano,
Salva el torrente, el muro, el hondo rio;
Mas en oculta sima despeñado,
Sepúltanlo su orgullo y ciego brio.
No menos orgullosa, menos ciega,
Piérdese la arrogante *fantasía*,
Si al libre impulso de su ardor se entrega:
Sus partos prodigiosos
Su fecunda invencion muestran en vano;
Informes, monstruosos,
A la razon insultan, cual nacidos
En la embriaguez ó en el delirio insano.
Siempre el *buen gusto* vuestro *ingenio* enfrene:
Cual hábil arquitecto, elija, ordene
El sitio, el plan, los propios materiales;

Y sus obras continuo vigilando,
Sin imponerle un yugo embarazoso,
Deje al fecundo *ingenio*
Alzar el edificio suntuoso.
Mas no con breve afan livianamente
Buen gusto adquirireis; que ni lo prestan
Los áridos preceptos,
Ni el sutil raciocinio de la mente:
Con modelos bellísimos nutrido
Fórmase lentamente,
Cual con música acorde el fino oido;
Menos juzga que siente;
Natural nos parece, no adquirido;
Y á la grata beldad acostumbrado,
Por instinto condena cuanto advierte
Que disgusto le causa, en vez de agrado.
No lo vicieis, ó jóvenes hispanos,
Y su voto seguid cual cierta guia:
Estudiad noche y dia
Los modelos de Griegos y Romanos;
Y no aparteis jamas de la memoria
Qué asi lograron tan sublime gloria
Nuestros ilustres vates castellanos.
Parece que á los Griegos venturosos
Mostró naturaleza
Su nativa belleza;
Y ellos sencilla, pura,
Sin arte ni atavíos,
Cual ciegos amadores
Presentaron desnuda su hermosura.

Viéronla los Romanos, se prendaron;
Y depuesto el orgullo de señores,
A sus mismos vencidos envidiaron:
Siguiendo entonces con ardor su huella,
Tal vez mas rica, noble y ostentosa,
Tal vez menos sencilla y menos bella,
A natura en sus obras imitaron.
Mas no se satisfizo
Con tanta gloria su ambicioso anhelo;
Y con adorno frívolo y postizo
Engalanar queriendo su modelo,
Sus gracias afearon,
Y á las armas del Vándalo y del Godo
La ruina del *buen gusto* prepararon.
Tornó, empero, á brillar su clara aurora
Tras largos siglos de tiniebla umbría;
Y la Italia feliz levantó el grito
Al columbrar su luz encantadora:
Con noble aliento y con tenaz porfía
Busca entre ruinas los preciosos libros
Que el tiempo respetó; ve de natura
Grabada en ellos la divina imágen;
Y asómbrase y recrea
Al contemplar cual dura
Igual, intacta, eterna su hermosura,
Como en la bella Vénus Medicea.
Entre el hórrido estruendo y alaridos
De bélicas naciones,
Absorta escucha Italia
Del Dante y del Petrarca las canciones;

En tanto que las Musas placenteras
A coronar su frente descendian
Del Arno á las bellísimas riberas.
De tanta gloria el Español zeloso,
El sagrado laurel ciñió el segundo;
Y al tiempo que aspiraba victorioso
Al imperio del mundo,
Adorando sumiso y respetoso
De Grecia y Roma los divinos ecos,
Dulce canto entonaba,
Y la corona á Italia disputaba.
Asi el divino coro
De tanto ilustre vate dió renombre
A aquella edad feliz de *siglo de oro;*
Y á par de la victoria
Hizo famoso el castellano nombre.
Seguid, seguid su ejemplo: de memoria
Sus cantos aprended; y repetidos
Cien veces y otras ciento,
El alma aficionad á su belleza,
Y el gusto y los oidos
A su grato sabor y dulce acento.
Mas si del noble *ingenio* envanecidos
Desdoro reputais ganar la palma
Por tan claros varones conducidos,
Y preferis que os abra nueva via
La osada fantasía,
En la siguiente edad á tantas glorias
El escarmiento ved: ensalzó ufana
Al *ingenio sutil*, ataviado

Con brillante oropel y pompa vana;
Cual rey de farsa, con fugaz imperio
Vióla reinar triunfante y aclamado;
Mas confundido al fin su orgullo necio,
La razon y el *buen gusto*
Su vil pompa miraron con desprecio.
Al ostentoso ornato y falso brillo
Anteponed prudentes
De un plan vario y sencillo
La agradable *unidad:* el alma goza
Al ver las varias partes convenientes
Ligadas en un punto,
Y que abarcar consigue perezosa
De una sola mirada su conjunto.
Mas si discordes partes mal trabadas
A un fin único y simple no conspiran,
En vano con esmero trabajadas
Muestran ingenio y arte prodigioso;
No aplacen sus bellezas dislocadas
En el total deforme y monstruoso.
Si unierais por ventura
Del Hércules de Roma al tronco bello
La augusta faz de Jove soberano,
De Cipria el blando cuello,
Y de Aquiles veloz el pie liviano;
Aunque del mismo Phidias obra fuera,
¿Quién del necio capricho no riyera..?
No lo olvideis jamas; y vuestras obras
Cual ley primera observen:
Que del principio al fin sus varias partes

Concierto, enlace y *unidad* conserven.
Cuidad despues de darles con acierto
Debida *proporcion:* ella á las Artes
Les presta sus encantos; al *buen gusto*
Halaga y lisonjea;
Y á la austera razon al par recrea.
A una breve columna mal asientan
La basa y capitel de gran altura;
Y á colosal figura
Y cuerpo giganteo
La cabeza y la planta de pigmeo.
Mas un vate indiscreto,
Por ostentar fecunda fantasía,
De su fin se extravía;
Piérdese, olvida el principal objeto;
Y si su infausta estrella
Le ofrece en breve canto
Una larga pintura, tal vez bella,
Dispensen los lectores
Que no atienda á sus gritos hasta tanto
Que apure uno por uno sus primores.
Si canta de Alejandro la victoria,
¿Qué vale que en cien versos armoniosos
Pinte el soberbio carro de Darío?
Cansados los lectores, sin aliento,
Solo piden ansiosos
De la horrenda batalla el fin sangriento.
Mas si *proporcionadas*
Las varias partes al total responden,
Ved si en su *propio sitio* colocadas

A su fin y á su intento corresponden.
Aquel arco elevado y suntuoso
Propio es de ese palacio, y dignamente
Sostuviera su pórtico grandioso;
¿Mas á qué en los jardines? ¿Qué sustenta?
De su firmeza y de su altura ufano,
Tan solo representa
El peso sostener del aire vano.
Tal descripcion es viva, encantadora;
Ese cuadro magnífico, ingenioso,
Muestra rara invencion; mas cuando finge
Que á su perdida amante tierno llora,
¿El importuno vate tiene aliento
Para ostentar tranquilo su talento?
Imitad al pintor: si de Ariadna
El triste caso retratar intenta,
De cerca, á la luz clara, el bello rostro
Muestra el grave dolor que la atormenta;
Un grupo de Amorcillos mas distante
La fuga llora del infiel amante;
Y entre la sombra del confin perdido
Divísase el bajel del fementido.
Fuera del *lugar propio* nada hay bello.
Invente la fecunda *fantasía;*
Mas prudente el *buen gusto* el plan ordene;
Las varias partes á *unidad* reduzca;
Con *oportuna union* las encadene;
Y la que al fin propuesto no conduzca
Cual inútil y frívola condene.
Luzca luego el *ingenio* sus tesoros

Al darles *variedad:* la obra mas bella
Causa tedio sin ella;
Y menos place al alma
El ancho mar en calma,
O la inmensa llanura
Cubierta de verdura,
Que ver el prado y rio
A par del bosque umbrío,
O de mástiles llena
La ribera del mar embravecido
Que corre, hierve, estréllase en la arena.
Mas un pintor mezquino,
Si á diseñar acierta por acaso
Un rostro peregrino,
Al guerrero, al anciano, á la doncella
Les pinta la faz bella;
Y aparecen hermanos,
En hábito y en rostro semejantes,
Pirro y Anquises, Griegos y Troyanos.
El que tan solo canta
Guerras, heridas, muertes,
Con triste horror espanta;
Y el que solo de amor dulces ternezas,
Cual con miel y beleño,
Con suavísimos versos causa sueño:
Mas vario nos encanta
Quien de Troya refiere el crudo estrago,
Y los tiernos amores
De la mísera reina de Cartago.
¿Y no tendrá su término y medida

La grata *variedad?* Solo en *un medio*
El acierto consiste y la belleza.
Quien por tímido y cauto
Muestra estéril pobreza;
Quien por lucir su rica *fantasía*
Sin tino muda de objetos y colores,
Y parece que sueña ó desvaría.
Ya llenó ese paisage de pastores,
De apriscos y cabañas;
¿Qué le podrá añadir? Cubrirá luego
De corales y conchas las montañas.
¿Es *propio* tal adorno? ¿Es *conveniente?*
Senténcielo el *buen gusto* riguroso;
Que el mas rico, el mas bello,
Sin esa cualidad, es en vil sayo
Un retazo de púrpura ostentoso.
Diverso ornato exige la morada
Del culto ciudadano,
La del simple aldeano,
Y la mansion á un príncipe labrada;
Mas si un vate confunde
Lugar, personas, ocasion, intento,
Tal vez con oro y ricos pabellones
Ornará de un pastor la humilde choza,
Y con rústicos ramos y festones
De un monarca la estancia suntuosa.
Ni basta que el ornato propio sea:
Si á su antojo la rica *fantasía*
Lo prodiga con loca demasía,
En vez de acrecentarles su hermosura,

Las obras mas perfectas desfigura.
Con solo el noble manto una matrona
De su beldad blasona;
Mas la Maya de aldea
Con cintas, diges, flores,
Mientras mas se engalana, mas se afea.
  Ostente en hora buena sus primores
Del pérfido Boabdil el regio alcázar,
De sus ricas techumbres las labores,
Los muros entallados,
De nácar, oro y púrpura adornados:
Tal vez alli encantada
Recordará la ardiente fantasía
La union afortunada
De amor, nobleza, ingenio y bizarría;
Mas si movemos luego nuestra planta
Del Quinto Cárlos al palacio augusto,
Su sencillez magnífica, sublime,
El ánimo engrandece,
Y en el rotundo circo nos parece
Que vemos gladiadores en la arena,
Y que el eco de Roma alli resuena.
  Tanto puede en las artes el *buen gusto*:
Elegidle por juez; y haciendo gratas
La invencion del *ingenio* y su riqueza,
Dé á vuestras obras unidad, enlace,
Proporcion, órden, sencillez, belleza.

CANTO II.

DE LA LOCUCION POÉTICA.

Ya el cuadro diestramente diseñado
En vuestra mente está: buscad colores
Que dando á los objetos cuerpo y vida,
Nos muestren sus bellezas y primores.
Lo que claro concíbese en la mente
Se pinta fácilmente;
Y natura presenta ya escogido
El contorno, la sombra, el colorido.
Mas de un vate la oscura fantasía
Aborta mil engendros monstruosos,
Y luego los envuelve y atavía
Con términos confusos y pomposos:
Tal vez parto sublime, sobrehumano,
Lo aclama sorprendido el vulgo necio;
Mas la razon se acerca, y con desprecio
Ve el bulto infoime entre el ropage vano.
La expresion que no es clara nunca es bella:
Y el vate que presuma ser sublime
Elevando la frase hinchada, oscura,
Es cual hueca fantasma que de noche
Remeda de un gigante la estatura.

Asi á la luz burlados
Vense tantos ingenios, cual portentos
En el siglo de Góngora admirados;
Miéntras la gloria crece
Del modesto Leon, y cada dia
Mas grande, mas divino nos parece.
  La noble sencillez solo es sublime.
Zeuxis pintó desnuda á la belleza;
Mas un mal escultor con hueco manto
Pretende á sus estatuas dar nobleza.
  No, empero, por temor de extraviaros
Si remontais el vuelo,
Con frase humilde y baja
Os arrastreis cobardes por el suelo:
Jugar suelen acaso
Con túnica sencilla y canto fácil
Las venturosas hijas del Parnaso;
Mas nunca el almo coro
Consiente que con frase torpe ó baja
Su pudor se amancille ó su decoro.
  La expresion mas sencilla noble sea:
Y aunque propia parezca en vuestras obras,
La voz plebeya que condene el uso
Proscrita de sus términos se vea.
¿Pues qué, el uso es el juez? y árbitro y dueño
Despótico, absoluto de las lenguas;
Y aunque del fallo la razon reclame,
Declara á una voz noble y á otra infame.
Admíranos Homero cuando pinta
Del Olimpo las *puertas*,

Por las Horas abiertas;
¿Mas quién os tolerara
Que pintaseis la Aurora refulgente
Abriendo las *ventanas* del Oriente?
Como suele tal vez humilde vaso,
Hallado entre las ruinas de Pompeya,
Con respeto mirarse; y si se hallara
Sirviendo en pobre aldea,
Cual barro vil y tosco se arrojara:
Asi voz familiar de comun uso
Plebeya nos parece;
Y en antiguo lenguaje disfrazada
A nuestros mismos ojos se ennoblece.
Mas no aspireis á ennoblecer el canto
Con importunas voces anticuadas;
Ni imiteis la ridícula manía
Del que solo probara ilustre estirpe
Mostrando una antiquísima armería.
Mas que el mentido trage, el noble porte
Y honrada compañía
Decoro dan al que de humilde cuna
Logró elevarse en la opulenta corte:
Y asi tal voz, que vil pareceria
A su mísera suerte abandonada,
Debe á un feliz enlace
En oportuno sitio verse honrada.
Tal pudo audaz el célebre Rioja,
Al retratar de Itálica el estrago,
Entre las nobles ruinas de los circos
Pintar el *amarillo jaramago*.

Tanto puede la union artificiosa,
Una sombra, un matiz: correcta y pura
Muestre la humilde prosa
De un modesto grabado la hermosura;
Mas el habla poética requiere
La riqueza, el realce, el dulce encanto
Que ostenta una bellísima pintura.
Su grato colorido
Es mas vivo, mas fuerte; mas osadas
Sus libres pinceladas:
Ya un mismo objeto nos retrata diestra
Bajo un aspecto y otro diferente;
Ya con mano maestra
Los perfiles desdeña, y con un rasgo
Rápido, audaz, lo pinta en nuestra mente.
A esa magia llegad, y sois poetas:
Mas si el compas llevais embarazo
Al lado del pincel, buscad aplausos
De un severo gramático enfadoso;
El público, cual yo, pide á las Musas
Sentir, gozar, ver vivos los objetos;
No asistir á la triste anatomía
De desnudos y secos esqueletos.
Dejad á metafísicos sutiles
La nímia exactitud: llena la mente
Del único deseo
De pintar con vehemencia lo que siente,
La voz propia desdeña y otra usurpa;
Busca un sagaz rodeo;
Tal vez un nombre olvida,

Y por la estirpe ó patria ó claros hechos
Los Dioses y los héroes apellida;
Tal vez no le contenta
Voz del habla nativa, y otra extraña
Cual moneda corriente nos presenta:
Con audaz osadía
La antigua voz por siglos sepultada
Saca á la luz del dia;
Y la que ve reinar mas respetada
Alarga, acorta, enlaza á otra oportuna,
Buscando la expresion ó la armonía.
Al propio fin atenta, aunque inportuna
La rígida sintaxis le reclame
De las voces la varia gerarquía,
Con grata variedad á cada una
Señala su lugar; y despreciando
Los títulos de fuero y de nobleza,
Las coloca á su arbitrio, y solo aspira
A unir la claridad con la belleza.
Asi el habla poética hace alarde
De libertad, de gala, de grandeza;
Y á la prosa humillando, el sobrenombre
Mereció de *divina*, cual si fuese
Inspirada del cielo al débil hombre.
La libertad, empero, no es licencia;
Ni es lo mismo sentir el sacro influjo
Que el lenguage imitar de la demencia.
Mas vate habrá que tema envilecerse
Si á expresar un objeto se allanara
Con voz sencilla y clara;

La mas propia por fácil la condena,
Y afánase buscando otra distante,
Que viene cual forzado en la cadena.
Ni será leve dicha que la encuentre
Sin salvar el vedado Pirineo
Y al mismo Sena mendigarla acaso;
Que tal vez no se sacie su deseo
Si con habla genízara no insulta
Los manes de Leon y Garcilaso.
No asi esotro poeta que se niega
A admitir una voz, si por diez siglos
No desciende de estirpe solariega;
Y en desusado trage revestidas,
Cual momias desentierra añejas voces
Del polvo y de los años carcomidas.
Tal entre dos opuestos precipicios
Corre la estrecha senda del buen gusto,
Cual la de la virtud entre dos vicios:
Quien sin cauta templanza el uno evite,
No estrañe que su fuga impetuosa
En abismo mayor le precipite.
No hay partícula ociosa
Que un vate humilde suprimir consienta;
Y cual versos al público presenta
Líneas iguales de rimada prosa:
Mas esotro insolente no respeta
Del lenguaje las leyes mas sagradas,
Y su yugo sacude cual vil freno
Que su furor fatídico sujeta.
En su delirio insano

Desdichada la voz que larga ó breve
Al duro metro se resiste en vano:
La atormenta, la hiende y descoyunta;
Y á otra opuesta la junta,
Ya sin piedad en trozos dividida
La ajusta á su medida;
Cual refiere la fama de un tirano,
Que á su bárbaro lecho de tormento
Igualaba por fuerza el cuerpo humano.
En sus oscuros versos
El mas sutil ingenio confundido
Busca en vano el sentido:
Ya mira divorciadas
Dos voces que debieran ayuntarse;
Ya enemigas mortales enlazadas
De su union violentísima quejarse.
Merecer un lugar es un delito
Para nunca obtenerlo; cual si fuese
Desdoro del ingenio que su canto
Sin sudor y congoja se entendiese.
Mas no se cura tanto
De buscar en las voces, cual debia,
El grato son y plácida armonía:
La mas áspera voz, oscura y bronca,
De duras consonantes empedrada,
Halla en sus versos favorable asilo;
Y contempla tranquilo
A una vocal con otra mal ligada,
Sin sospechar que faltará el aliento
Para el ingrato acento.

No asi Boscan y el tierno Garcilaso
Del habla suavizaron la aspereza,
Ni le dieron asi tanta belleza
Otros ilustres hijos del Parnaso:
Escuchadla en sus labios cuan suave
Canta el néctar de Baco, los amores,
Los campos y pastores;
Cuan magestosa y grave
De su estirpe descubre la grandeza,
Y de su augusta madre en noble canto
La pompa imita, el número y riqueza;
Si es que tal vez no aspira su osadía
A remedar del griego y del hebreo
La libre valentía,
Y hasta el sublime cielo
De Herrera sigue el atrevido vuelo.
Tal es el habla hermosa que las Musas
A nuestros patrios vates inspiraron;
Y ellos á costa de incansable anhelo
En sagrado depósito os dejaron:
Como llama vestal, ilesa y pura
Guardadla siempre, ó jóvenes hispanos;
Y no atenteis profanos
A oscurecer su brillo y su hermosura.

CANTO III.

DE LA VERSIFICACION.

Cual con mármol precioso ó duro bronce,
No con plebeyo barro ó blanda cera,
A la bella natura
Imita el escultor, dándole gloria
Los obstáculos mismos que supera;
Tal con habla elevada, rica y pura,
Imítala el poeta,
Y las voces indóciles sujeta
Del riguroso verso á la *mensura*:
De do nace la música sonora
Del habla de las Musas soberana,
Y la interna dulzura encantadora
Que colma de deleite á los mortales
Al escuchar sus ecos celestiales.
Mas el único juez es el oido:
Escucha, falla, ordena;
Absuelve grato ó rígido condena,
Cual árbitro supremo á quien tan solo,
Con el uso feliz aficionado,
Los versos mensurar concedió Apolo.
¡Ni quien tan necio os llamará poetas,

Si os sorprendió solícitos, dudosos
Buscando con los dedos codiciosos
De un verso vil las sílabas completas!
Cien veces y otras ciento
Las numerasteis ya; ¿pero qué importa
Si inquieto, desabrido,
Busca en vano el oido
La grata pausa, el oportuno acento?
  Tersícore divina
No ha menester de su sonora Hermana
La lira soberana;
El blando talle inclina,
Mueve á compas los brazos numerosos,
Y á su segura guia
El ágil pie confia:
Tal el verso en sí propio llevar debe
Su compas, sus reposos, su *cadencia*;
Y ya grave, ya leve,
Siempre en su fácil curso numeroso,
Aspire artificioso
A imitar con su número y acentos
Los varios movimientos;
Ora rápido y vivo
Al ciervo fugitivo,
Ora acompañe lento y sosegado
Al tardo buey con el fecundo arado.
  Propia, grata, distinta
Ostente cada verso su cadencia,
Tan sensible al oido y variada
Cual música acordada;

Sin que uno y otro verso le repita
A medido compas el eco mismo,
Cual al herir los Cíclopes su ayunque
Repiten las cavernas del abismo.
 Mas del divino coro el dulce canto
No á la *varia cadencia* debe solo
Su celestial encanto;
En conciertos suaves
Muestra con arte unidos
Los diversos sonidos,
Ya agudos y ya graves;
Y con dulce, suavísima *armonía*
Hechizando al oido blandamente,
Cautiva el corazon, rinde la mente.
 Asi el hijo de Apolo al par recrea
Con grata consonancia los sentidos,
Los humanos afectos lisonjea,
Y aun procura imitar con sus sonidos
La viva imágen que pintar desea.
Con plácidos acentos
Y dulce *melodía*
Nos retrata los tiernos sentimientos,
La blanda paz y cándida alegría:
Si el tierno amor le inspira,
Con dulce son suspira;
Canta con voz sonora
A la beldad que adora;
Mas zeloso tal vez brama de ira,
Y sus roncos acentos
Nos anuncian sus bárbaros tormentos.

Si pinta á la apacible Primavera,
Aspira á remedar con el sonido
Del arroyuelo el plácido murmullo,
Del cordero el balido,
Y de amorosa tórtola el arrullo;
Mas si del crudo Invierno
Nos describe el horror, ya nos parece
Que escuchamos rugir el ronco viento,
Las ondas y el bramido
Del Ponto embravecido,
Y al horrísono trueno,
Que en las cóncavas bóvedas rodando,
Del mar retumba en el profundo seno.
Tal en los juegos Píticos un dia,
De Apolo eternizando la alta gloria,
La diestra flauta remedar solia
Del sacro númen la inmortal victoria:
Rápido se veia
Correr, volar el dios, vibrar la flecha;
Y con terrible estruendo
Enroscarse, silvar, y al mortal golpe
Arrastrarse en la tierra el monstruo horrendo.
Al músico y cantor no ceda el vate
En estudiar con ansia noche y dia
El mágico poder de la *armonía;*
Que una voz, una sílaba, un acento,
Si ingrato suena en importuno sitio,
Desluce el mas hermoso pensamiento.
Tanto importa mezclar con sagaz arte
En apacible union las varias voces;

Concertar sus sonidos,
Graves y agudos, tardos y veloces;
Y evitando los ásperos finales,
Los ecos repetidos,
Monótonos, iguales,
Halagar dulcemente los oidos.
Mas quien de fácil vena
Orgulloso presume, vil estima
En incesante afan un año y otro
Pulir sus versos con molesta lima;
Y al abatido tono y negligencia
Suavidad y fluidez apellidando,
El eco unir no sabe acorde y blando
Al son robusto, al número y cadencia.
Podrá quizá por suerte venturosa
Hermanar de algun verso los sonidos
En union apacible y armoniosa;
Mas vanamente espera
Que sus versos, plagados de descuidos,
Gloria le den y fama duradera.
El público sagaz fácil advierte
Que aun sus mismos aciertos son debidos
A los ciegos caprichos de la suerte;
Y que al acaso vano
Arrojaba las voces el poeta,
Cual suele el labrador el rubio grano.
Asi tal vez con dulce melodía
Canta al sangriento Marte y sus horrores;
Y al ronco son de la guerrera trompa
Al Zéfiro meciéndose en las flores.

¿Celebra por ventura en altos himnos
De regio triunfo la solemne pompa..?
Ya un verso vil, cual barro mal tostado,
Con su menguado son llega al oido;
Ya ingrato suena, ronco y destemplado,
Como roto broquel de hierro herido;
Ora con grave carga andar parece,
Como lenta tortuga perezosa;
Ora que flojo, lánguido, adolece
De eterna fiebre y ni aun moverse osa;
Si es que tal vez no intenta, cual Vulcano,
Con el pie desigual correr ligero,
Y las Musas en coro placentero
Festivas rien de su esfuerzo vano.
O jóvenes, buscad un juez severo,
Un crítico imparcial, que no dé indulto
Al raquítico verso mal nacido,
Al bajo, al torpe, al áspero, al inculto;
Y con pluma tremenda
A correccion ó muerte los condene,
Por mas que vuestro orgullo los defienda.
Mas si con largo afan dais á los versos
El fino temple de metal sonoro,
La tersa faz y el nítido bruñido
Que lucir suelen el marfil y el oro,
Hermanad el deleite del oido
Con la austera razon; ni al grato acento
Sacrifiqueis jamás el pensamiento.
Si de inútiles voces recargados
Completan vuestros versos su mensura,

¿Qué vale la cadencia, la dulzura
De sus vanos sonidos concertados?
La música mas grata y deliciosa
Ni una pausa consiente ni un sonido
Desnudos de sentido;
Aun el eco mas leve
A su fin, á su término encamina,
Y con magia divina
El corazon y el ánimo conmueve.
La voz mas armoniosa,
Si fuerza ó gracia á la expresion no añade,
Desluce el verso ociosa;
No asi la que procura,
Cual solícita abeja laboriosa,
Unir la utilidad con la dulzura.
A par del fino oido
Severa es la razon; y no consiente
Que un eco vano y frívolo sonido
Perturbe su atencion inútilmente.
Ni por excusa admite
De dulce verso la cabal mensura,
Su compas grato, y la final cadencia
Sujeta de la *rima* á la ley dura:
Exige que las voces armoniosas
Para pintar la imágen clara y viva
Se ofrezcan voluntarias, oficiosas;
Que nunca se perciba
En metro ni en cadencia
Del arte la violencia;
Y que aun la rima en el final acento

Nazca, bríndese afable
A dar gracia y vigor al pensamiento.
A esclava complaciente,
Que modesta descubre dulce agrado,
Solazar á su dueño se consiente;
No empero á la que indócil y orgullosa
Muestra el tenaz empeño
De oprimir á su dueño.
Asi la rima halaga y lisonjea
Fácil, grata, obediente;
No si pretende altiva,
El sentido á su yugo encadenando,
Ostentarse tirana, no cautiva.
Luzca el arte en buen hora
Del metro, la cadencia y la armonía
La música sonora,
Y hasta la rima añada
Su dulcísima fuerza encantadora;
Mas siempre en vuestras obras respetada
La severa razon, muéstrense en ellas
Todos esclavos, la razon señora.

CANTO IV.

DE LA ÍNDOLE PROPIA DE VARIAS COMPOSICIONES.

Invencion, habla hermosa, dulces versos
Al par en vuestras obras resplandecen;
¿Por qué suerte fatal, apenas nacen,
Olvidadas del público perecen?
Porque no basta á vates y pintores
La feliz invencion, el fiel diseño,
Ni hermanar diestramente los colores;
Han menester el arte, el don precioso,
De tan raros ingenios poseido,
De dar á cada asunto, á cada cuadro
La propia forma, el propio colorido.
Coronada de flores
Natura placentera
A Albano concediera
Las Gracias retratar y los Amores:
Al par sencillo y grato
Con su fácil pincel el gran Velazquez
Del hombre nos ofrece el fiel retrato;
Mas el pasmo divino
Presentar del Thabor tan solo es dado

Al audaz genio del pintor de Urbino.
  En concierto feliz el arte ostente
Composicion, diseño, colorido
Propio de cada cuadro y conveniente;
Y en asuntos diversos
Al par de ellos varíe
Pensamientos, diccion, estilo, versos.
Que no asienta el ornato, el fausto y brillo
Al asunto sencillo;
Al grave la altivez ó la llaneza,
Ni al noble y elevado
Cuanto amengüe su lustre y su grandeza.
Con varia voz y acento
Enseña la razon altas verdades,
Luce el festivo ingenio su agudeza,
Pinta la fantasía,
Y expresa el corazon su sentimiento;
Mas quien los varios tonos
Mezcla al acaso y sin cesar varía,
¿Qué pretende con torpe disonancia
Sino mostrar su orgullo y su ignorancia...?
  Nacida entre la paz y la dulzura
De la dorada edad, la *Égloga* amable
Su inocencia celebra y su ventura:
Sus blandos sentimientos,
Sus sencillos acentos
Fáciles nacen en su pecho y labio;
Ni muestra ingenio ni agradar procura;
Y simple, candorosa,
Pinta y celebra porque admira y goza.

A par condena el fausto y el esmero
De rica cortesana,
Y el tono vil y el hábito grosero
De rústica villana:
Con arte no aprendido
Cual el canto del ave
Suena su voz suave;
Con las flores del prado se engalana;
Y en su inocencia pura
Con la vecina fuente
Sus adornos consulta y su hermosura.
Pero natura misma
Le inspira amor, y canta sus amores;
No conoce mas ansias ni mas duelos
Que el desden y los zelos,
Otro bien sino el huerto y el ganado,
Ni mas reinos y mares
Que el monte y rio, la laguna y prado.
Mas su tono sencillo
No es menos variado
Que dulce y sazonado;
Y su canto suave,
Siguiendo el eco de apacible avena,
Cual manso arroyo entre las flores suena.
De campestres guirnaldas mas ornado,
Y de artificio y pompa al par ageno,
Muéstrase el tierno *Idilio* afectuoso,
De nativa bondad y gracia lleno:
Ya con fácil pincel en breves cuadros
El campo pinte y el amor dichoso;

A cuanto en torno inanimado mira
Con fuego celestial vida reparte;
Y los grillos al Genio desatando,
Con arrojo feliz supera al arte.
Menos libre y audaz, pero al par noble,
Si la santa virtud al vate inspira,
Dulces himnos cantando en su alabanza,
Con grave magestad pulsa la lira:
Asi Horacio y Leon cantan suaves
La blanda libertad y paz serena
De la inocente vida,
De ambicion libre y de temor agena;
Mas si la horrenda faz aborrecida
Les muestra el vicio y su furor provoca,
Inflámase su mente,
Su voz airada truena,
Y al crímen insolente
A eterno oprobio y confusion condena.
¡Con que diverso tono
De Anacreon la lira
Placeres solo canta,
Tan solo amor respira!
Ya el néctar de Liéo
Celebra en son festivo,
Y sigue nuestra planta
Su canto alegre y vivo;
Ya expresa con dulzura
De amor los falsos bienes,
Su gozo y su ventura,
Sus ansias y desdenes.

Mas rápida y sencilla
La *amorosa Letrilla*
Parece el leve juego
Del niño alado y ciego:
Imita su donaire,
Su planta fugitiva;
Deslízase ligera,
Graciosa nos cautiva.
No tan leve y fugaz el Amor mísmo
Dió al modesto *Romance*
De Vénus la belleza,
De Apolo la soltura y gentileza:
¡Cuán plácido y suave
Del tierno sentimiento
El tono y blando acento
Con su flexible voz imitar sabe!
Ya alégrase inocente;
Ya dulce se querella;
Ya lángido retrata
El tierno amor de Angélica la bella.
Su sencillez admira y dulce encanto
El alma embebecida,
Mientras al fácil canto
Su fluidez y cadencia nos convida.
Mas antés que sencillo apareciese
En trage pastoril cogiendo flores,
El morisco alquicel vistió por gala,
O cantó de Jimena los amores:
De los siglos de gloria nos recuerda
Los dulces galanteos,

Las lides y combates,
Cañas y fiestas, justas y torneos.
Asi los trovadores algun dia
En la plaza, en la lid dieron lecciones
De amor y valentía:
Los niños, las doncellas, los ancianos
Sus fáciles tonadas repitieron;
Los jóvenes ufanos
En sed de amor y gloria se encendieron.
Si en mas altas *Canciones*,
Del son acompañado de la lira,
El dulce vate á remedar aspira
El ímpetu y ardor de las pasiones,
Sus imágenes vivas y animadas,
Su voz, su canto, el número, el acento,
Del corazon reciban
El tono, la expresion, el movimiento.
Mas al festivo ingenio deba solo
El sutil *Epigrama* su agudeza:
Un leve pensamiento,
Una voz, un equívoco le basta
Para lucir su gracia y su viveza;
Y cual rápida abeja, vuela, hiere,
Clava el fino aguijon, y al punto muere.
Sin aguda saeta venenosa,
El ala leve y ricos los colores,
Cual linda mariposa
Que revuela fugaz entre las flores,
El tierno *Madrigal* ostenta ufano
En su rápido giro mil primores;

Mas si al ver su beldad tocarle intenta
Áspera y ruda mano,
Conviértese al instante en polvo vano.
El rígido *Soneto*,
Avaro en voces, pródigo en sentido,
Encierra en breve espacio un gran conceto:
Ya festivo, ya tierno, ya sublime,
Siempre exacto, bellísimo, ingenioso,
Estrecha un pensamiento, no lo oprime;
Mas sin darle ni tregua ni reposo,
Le ve nacer, crecer, apresurarse,
Y espirar en el término forzoso.
No en tan estrechos límites cercado,
Breve, sencillo, cándido, inocente,
De graciosas ficciones adornado
El *Apólogo* instruye dulcemente:
Cual si solo aspirase al leve agrado,
De la razon oculta el tono grave;
Al bruto, al pez, al ave,
Al ser inanimado
Les presta nuestra voz, nuestras pasiones,
Y al hombre da, sin lastimar su orgullo,
De la razon las útiles lecciones.
Para encubrir su cándido artificio,
Finge una accion sencilla, interesante;
Con breve narracion, propia y amena,
Pinta el lugar, la escena;
Retrata con vivísimos colores
El genio y situacion de los actores;
Y en un drama pueril, fácil y grato,

Nos ofrece sagaz nuestro retrato.
  Asi nos muestra Fedro á la inocencia
En figura del tímido cordero,
Víctima débil de la atroz violencia
Retratada en el lobo carnicero:
De uno y otro carácter la pintura
Al natural copiada, fiel y viva,
Nuestra atencion cautiva;
Y con crédulo afan oir nos parece
Del simple corderillo el triste acento,
Y el ronco aullar de su opresor sangriento.
  Desdeñando valerse de artificio
La *Sátira*, maligna en la apariencia,
Sana de corazon, persigue al vicio
Por vengar la virtud y la inocencia:
Ya su enérgico tono, grave, austero,
Muestra un censor severo;
Ya su rápido curso, su vehemencia,
El fuego que respira,
Su indócil impaciencia
El ímpetu descubren de la ira;
Ya, en fin, sagaz su cólera ocultando,
Las finas armas del ingenio emplea;
Y al vicio vil la máscara arrancando,
Burlándose festiva se recrea.
  Asi el adusto Persio
Conciso, vigoroso,
Insta, reprende, arguye;
Juvenal acre, ardiente,
Arrójase á su presa impetuoso,

La hiere, la destruye;
Mientras Horacio, plácido y festivo,
Asesta al vil, al necio, al codicioso,
Las leves flechas de su ingenio vivo.
  Mas ora en fácil juego
Gracia, donaire y libertad ostente;
Ora grave corrija; ora indignada
Del corazon anuncie el noble fuego;
De puro celo armada
Muestre siempre la Sátira modesta
Su pecho generoso,
Y al vicio acuse, pero no al vicioso.
  Con tono mas pacífico y templado
La *Musa del saber* al hombre enseña,
Y darle su doctrina no desdeña
Con voz sonora y celestial agrado:
Ni envuelve la verdad en ficcion leve,
Cual el sencillo Apólogo, ni osada
El torpe vicio á perseguir se atreve;
Tranquila, grave, augusta,
Enseña sosegada
Las ciencias y las artes bienhechoras;
Y temiendo mostrar su faz adusta,
Adórnala con gracias seductoras.
  Asi en acorde y plácida armonía
Ordena la razon el plan sencillo,
Enlazando los útiles conceptos;
La amena fantasía
Con delicadas sombras y colores
Da vida á los objetos,

Y esparce frescas flores
Para adornar los áridos preceptos;
Y del sonoro verso la mensura,
Grabándolos profundos en la mente,
Les presta rapidez, fuerza y dulzura.
Siempre atento á su fin, útil y grato,
No consiente el *didáctico poema*
Ocioso lujo ó frívolo aparato:
Sencillez, claridad, breves preceptos
Sin vana ostentacion y sin bajeza,
Son su mayor belleza,
Su noble fondo, su modesto ornato;
Y si tal vez enlaza artificioso
Dulce ficcion y vivas descripciones,
Es para dar al ánimo reposo
Y hacer gratas sus útiles lecciones.
¡Con qué tono tan dulce y variado
Virgilio enseña á cultivar las mieses,
La tierna vid, el árbol delicado!
Ya nos instruye afable, ya nos pinta
El campo delicioso,
El caballo impaciente,
La lluvia, el uracan, el Etna ardiente,
Y el enjambre de abejas oficioso:
Escucha el labrador su voz divina,
Cual si fuese inspirada
De algun rústico dios; y retratada
Natura ve en sus cuadros
Su amenidad, su gracia peregrina.

CANTO V.

DE LA TRAGEDIA Y DE LA COMEDIA.

¿Visteis tal vez en mármol imitado
Del triste Laocoonte el duro trance,
Cuando de horribles sierpes relazado
Ve á su vista espirar sus propios hijos
Sin que su vida á redimir alcance?
A un tiempo mismo el alma consternada
Del arte imitador la magia admira;
Por el mísero padre
Ansia, teme, suspira;
Y con pesar mezclado de dulzura
Copiada ve su acerba desventura.
Tal es de la *Tragedia* el dulce encanto:
No refiere, no pinta; representa
Un suceso terrible, lastimoso,
Y tan viva su imágen nos presenta
Que con tierno placer arranca el llanto.
Para lograr su objeto, una accion sola
Por fin único y simple se propone;
Su diestro plan dispone,
Enlazando con nudos convenientes
Los varios incidentes;

Y ora sencilla y rápida camina,
Ora sagaz por sendas diferentes
Al término propuesto se avecina.
¿Es parricida Edipo, incestuoso?
Él triste espectador, turbado, inquieto
Con el fatal secreto,
No anhela saber mas; y no consiente
Que el mas bello incidente,
Una escena, un actor, un solo acento
Ociosos le distraigan
De su dulce terror y sentimiento.
  Al arte toca dar á una accion sola
La debida extension y el propio enlace,
Sin que desnuda y lánguida aparezca
Ni en su oscuro artificio se embarace:
Para el drama nacida,
Parezca que ella misma de buen grado
Llena y completa la cabal medida;
Y en su propia importancia, en su grandeza
Consigo lleve su mayor belleza.
  Con liviana atencion copiados vemos
Los sucesos fatales
Que por comun destino cada dia
Afligen á los míseros mortales;
Mas al mirar los héroes mas famosos,
Los reyes poderosos
Víctimas tristes de la suerte impía,
Su poder y grandeza
Con sublime *terror* fuerzan al hombre
A contemplar medroso su flaqueza;

Mientras inquieta el alma, enternecida,
Con sensible *piedad* mide y compara
Su gran elevacion y su caida.
Mas su grave infortunio no aparezca
Comun fracaso de la suerte varia;
Antes el drama la pintura ofrezca
De una accion singular, extraordinaria,
Que la atencion cautive,
El ánimo suspenda,
Y de opuestas vivísimas pasiones
La lucha muestre y la fatal contienda.
Del odio y la venganza
Siempre el ciego furor nos estremece,
Sentimos de sus víctimas el riesgo,
Su destino infeliz nos compadece:
Mas no es tan solo un hombre,
No es un mero enemigo, es un hermano
Quien la nefanda cena da á Thiestes;
Contra su propia madre
Muestra el furioso Orestes
Armada, pronta la terrible mano;
Y en el fatal momento,
Erízase el cabello, el pecho late,
Y al triste espectador falta el aliento.
Una, grande, completa, interesante
La accion trágica sea;
Con tal arte imitada y semejante
A la misma verdad, que el pueblo vea
La imágen fiel y viva,
Y con grato dolor y sobresalto

De su ilusion apenas se aperciba.
Si al ingenio y al arte dable fuere,
Dure la accion del drama el tiempo mismo
Que á ella presente el público estuviere;
Mas al espacio y término de un dia
La comun indulgencia
Ensanchó de los vates la licencia.
Contrastado de vivos sentimientos
El público no mide escrupuloso
Las acciones, las horas y momentos;
Mal empero confunde en breve drama
La larga duracion de un mes, de un año;
Y rígido condena
La grosera ficcion y el tosco engaño.
Nunca el lugar se mude de la escena;
Y á la ilusion atento,
Jamas olvide el drama que ella sola
Le ayuda grata á conseguir su intento.
Si seducir procura
Al tierno corazon, ¿cómo no teme
Que delaten los ojos su impostura,
Si trasformada ven en un momento
La estancia deliciosa
En cárcel pavorosa,
Y un pórtico de Atenas
En el regio palacio de Micenas?
En su curso y accion no ofrezca el drama
Absurdos y prodigios increibles,
Si aprobacion y crédito reclama:
Mire, toque engañado

El mismo espectador la ficcion bella;
Y por sus propios ojos
Mas profunda, mas rápida, mas viva
Su tierno pecho la impresion reciba.
Pero á la vista oculte el sagaz arte
Lo que oportuno juzgue y conveniente;
Y busque en el oido
Testigo menos fiel, juez indulgente.
Contemple enternecido
El público las ansias, la congoja,
La infausta muerte de la tierna Dido;
Mas con horror no vea
Que á sus míseros hijos despedaza
Bañada en sangre la feroz Medea;
Ni incrédulo presencie de las olas
Salir el fatal monstruo, abalanzarse,
Y el infeliz Hipólito en su carro
Contra las duras rocas estrellarse.

No menos verosímil que oportuna,
Fácil, breve, ingeniosa,
La clara exposicion del argumento
Encubra su designio cuidadosa:
Desde el primer momento
El público impaciente ya desea
Saber hora, lugar, accion, intento;
Mas sin que el arte vea,
Ni ociosa narracion, lenta y confusa,
Su memoria fatigue y sufrimiento.

En su rápido curso la accion misma
Su orígen y su objeto desenvuelva;

Su propia senda allane;
Y veloz, impaciente,
Por llegar á su término se afane.
De uno en otro incidente
Lleve, arrebate al ánimo suspenso;
Los riesgos, los obstáculos, la lucha,
El contraste presente
Cubran el porvenir de un velo denso;
Y de escena en escena
Crezca el terror, la agitacion, la pena.
  Con oculto artificio preparada
La funesta catástrofe sorprenda,
Rápida, singular, inesperada:
La accion, el nudo mismo
Que el ánimo agitado tuvo incierto
Entre el vago temor y la esperanza,
Súbito atraiga la fatal mudanza,
Y déjele en un punto
De grave angustia y de terror cubierto.
  Víctima infausta del fatal destino
Busca Edipo, cercado de su pueblo,
De su postrer monarca al asesino:
Cada vez con mas ansia, con mas pena,
Duda el espectador, teme, conoce
Que él propio por su labio se condena;
Y en el terrible instante
El fatídico nudo desatando,
Descubre el infeliz su horrenda suerte,
Y ni aun halla el descanso de la muerte.
  La inexorable ley del hado injusto,

Los males en que al hombre precipitan
Sus flaquezas y míseras pasiones,
Nuestro *terror*, nuestra *piedad* excitan:
Manchado con incesto y parricidio
Aun compadece Edipo; y si indignados
Condenamos de Fedra el torpe intento,
En lágrimas bañados
Compartimos su angustia y su tormento.
Asi el arte procura
Que el héroe principal la atencion robe
Y del público excite la ternura:
Mas sin susto ni pena el hombre mira
El fin funesto del atroz malvado;
Y menos afligido que asombrado,
Del divino Caton la muerte admira.
Con sus propios matices y colores
Los varios caractéres pinte el drama,
Y nunca en sus retratos contradiga
La fábula, la historia ó comun fama:
Si imita por ventura
De la triste Ifigenia el fin funesto,
Píntenos su inocencia y su ternura,
Al fiero Aquiles impaciente, altivo,
Terrible en su dolor á Clitemnestra,
A Agamenon soberbio y vengativo.
Por único modelo y por maestra
A la varia natura el arte elija;
Y ya retrate fiel, ya osado invente,
A cada actor del drama dé un carácter
Propio, bello, distinto y consecuente.

Su índole y situacion, su edad y patria,
Sus costumbres, afectos y pasiones
Parezcan inspirarle el propio acento,
Sus designios mover y sus acciones:
No hablen lo mismo el padre y el esposo,
El fiero rey y el débil cortesano,
El Númida feroz y el culto Griego,
El audaz jóven y el prudente anciano.
Aun en el hombre mismo
Muestra cada pasion su voz y acento:
El humilde dolor clama, suspira;
Ruge feroz la ira;
Abre su incauto pecho la esperanza;
Y en pérfido silencio
Se esconde mas tremenda la venganza.
Cual las templadas cuerdas de la lira
Al pulsarlas sagaz la diestra mano,
Cuando escucha la voz de las pasiones
Fácil responde el corazon humano:
El que á arrancarnos lágrimas aspira
Antes debe llorar; ver en su mente
A la mísera Dido ya postrada
Apenas despedir la voz doliente,
Y con ansia mortal y desconsuelo
Los tristes ojos levantar al cielo.
Su mismo corazon dictará entonces
La expresion propia y fiel, tierna y sencilla
Sin humilde llaneza,
Fácil sin desaliño, digna y noble
Sin afectar orgullo ni grandeza.

Mas si en pomposo estilo y frase hinchada
Hécuba llora entre el incendio y ruina
La sangre de sus hijos derramada,
Lamenta en vano su infelice suerte;
El público tranquilo
El necio afan y el artificio advierte.
Al par de la pasion, eleve, abaje
La tragedia su voz: pinte su lucha,
Su desórden violento,
Su furor y delirio,
Su débil postracion y desaliento.
Enérgica y sensible, hermane diestra
El vigor, la nobleza y la ternura;
No cual inmoble estatua inanimada
Su proporcion ostente y hermosura.
Las fogosas pasiones
No discurren, no cesan; arden, instan,
El ornato desdeñan y el reposo,
Y al corazon arrastran
En su rápido curso impetuoso.
Terrible en su furor, pronta y vehemente,
Tierna en su angustia y mísero quebranto,
La sensible Melpómene no aspira
Al vano son y artificioso canto:
Brama, amenaza, quéjase, suspira,
Interrumpe su voz con dulce llanto,
Y hasta su mismo acento
Nos pinta su furor ó desaliento.
No asi su dulce Hermana,
Que alegre siempre y viva,

Su fiel espejo ofrece á nuestros ojos
Y con donosas burlas nos cautiva.
Otro cuadro, otra accion, otros actores
Ocupan ya la escena: al fiero Atreo,
Al triste Idomeneo
Suceden el hipócrita, el avaro;
El ridículo vicio al negro crímen;
Y al lúgubre terror y sentimiento
La pérfida sonrisa y el contento.
  Venid todos, llegad, ninguno tema;
Y con maligno anhelo
Mirando en derredor, cada cual busque
De la copia el ridículo modelo.
¿Mas quién le podrá hallar? No es Delio ó Fabio
Quien va á mostrarse en la graciosa escena;
Es la imágen de un viejo codicioso,
Expüesta al natural con alma y vida
A la burla del pueblo malicioso.
¡Con qué vivos colores
Nos manifiesta él mismo sus sospechas,
Sus ansias y temores!
No hay accion, no hay palabra, no hay acento
Que no descubra su pasion mezquina,
A pesar de su astuto fingimiento;
Y si alarga la mano codiciosa
Mostrando compasion, saber ya ansiamos
El precio de la usura vergonzosa.
  Mas ved la situacion en que le pinta
La *Comedia* sagaz: su mala estrella
Condenó al infeliz á enamorarse

De una jóven amable, franca y bella;
Es forzoso gastar ó ver con ceño
Al adorado dueño;
Y el amor, la vejez, la vil codicia
¡Que contraste tan vivo y tan gracioso
Para un drama ingenioso!
Con bellas y oportunas situaciones
Del corazon humano
Descubre las recónditas pasiones;
Cada vez mas incierto y mas lejano
Muestra sagaz el término dudoso;
Y con astucia grata
Burlando nuestro afan, cual fácil juego,
Forma, estrecha su nudo y lo desata.
Al par nos maravilla
Su enredo singular y artificioso,
Su exposicion sencilla,
Su desenlace fácil é ingenioso;
Y que hermanando el arte riguroso
Con la libre y fecunda fantasía,
Su feliz invencion ciña y reduzca
A una accion, á un lugar, á un solo dia.
No es una mera imágen ni un retrato;
Es un cuadro animado, propio, vivo
De la vida civil y comun trato;
Y á la misma verdad tan fiel remeda,
Que en secreto decimos: «asi pasa
En una y otra casa.»
A tanta perfeccion el drama aspire:
Arte no muestre ni ficcion ni actores;

El mismo espectador escuche y mire
Al amante, al esposo, al hijo, al siervo;
Y en sus propias acciones,
En sus fieles discursos busque y halle
Su carácter, costumbres y pasiones.
Una ligera sombra, un lunar leve
Basta á la diestra mano
Para alterar de un rostro las facciones:
Ya es un padre indulgente,
Ya es un severo juez, ya es un tirano;
Mas siempre percibimos
Su semblante y su gesto; y la fiel copia
Con su bello modelo confundimos.
Complácese Natura
En ostentarse rica, varia, amena;
Y el arte imitador al par procura
Mostrarse grato en la ingeniosa escena:
Elige, observa, estudia sus modelos;
Combina sus colores, los varía;
Y la fiel semejanza no encadena
De su pincel la libre valentía.
Ya nos retrata á un jóven veleidoso,
Pródigo, altivo, indócil, impaciente;
Ya un templado varon, grave y juicioso;
Ya un viejo adusto, avaro, impertinente.
Mas á par de la edad, diestro matiza
La índole peculiar, el sexo, el grado,
El siglo, la nacion; y á un mismo tiempo
Nos copia, nos instruye y nos hechiza.
No busqueis en sus cuadros la grandeza,

Las imágenes ricas y el ornato;
En su verdad, su gracia y su viveza
Se admira de Teniers el pincel grato:
Cualquiera al contemplarlos fácil crea
Imitar su expresion fiel y sencilla;
Y si lo intenta osado,
Su necio orgullo confundido vea.
  La modesta Comedia solo admite
Estilo natural, leve y urbano,
Tan propio en su expresion, tan libre y fácil
Que afan no muestre ni artificio vano:
Si la viva pasion su pecho enciende,
Elevando su voz la imita diestra;
Y sin negar su condicion humilde,
Su tierno pecho y corazon nos muestra.
  Mas nunca audaz pretende
Elevarse á la trágica grandeza;
Ni con plebeya burla ó vil torpeza
Su culto estilo y su pudor ofende:
Cortés al par que viva,
Sin mostrarse procaz ni desenvuelta,
Su donaire descúbrenos festiva;
Si es que tal vez no finge, seria y grave,
Ocultarnos su sátira ingeniosa,
Y con sonrisa plácida y suave
Celebramos su astucia maliciosa.
  Sin afectar doctrina ni agudeza,
Del habla familiar rápida y fácil
Imita la soltura y ligereza:
Deslízanse veloces

Sus versos y sus voces;
Crúzanse, tornan, huyen,
Rápidos corren, vuelan;
Y al leve pensamiento
En su curso fugaz seguir anhelan.
¡Cuán vivo y sazonado
El español ingenio lució un dia
Su fecunda invencion, su dulce agrado!
Los versos, el diálogo, el estilo,
La sal, la locucion, la sutil trama
Le dan eterna fama;
Y la razon severa,
Al mirar tantas dotes peregrinas,
El grave fallo en su favor modera.

CANTO VI.

DE LA EPOPEYA.—CONCLUSION.

Con noble magestad la *Épica Musa*
Canta una accion heróica, extraordinaria,
Simple en el plan, en sus adornos varia:
Asi Homero divino
A la atónita Grecia narró un dia
De la gran Troya el mísero destino;
De cien reyes y pueblos belicosos
En sus cantos fundó la eterna gloria,
Y del mayor imperio que vió el Asia
Solo dura en sus versos la memoria.
Mas no osó temerario
De diez años de asedio y de combates
Pretender abarcar el curso vario;
En tan inmenso campo á un solo punto
Ciñó modesto el tímido deseo,
Y á su canto inmortal dió noble asunto
La cólera del hijo de Peleo.
Ni con prolijo afan subió molesto
Hasta el remoto amor del jóven Páris,
Al anunciar de Troya el fin funesto;
Ni menos siguió luego
Por tierra y mar, en lides y en trabajos,
La lenta hueste del airado Griego:
Casi ya por dos lustros amagaba

A la invicta ciudad con hierro y fuego,
Cuando en el campo argivo
La Discordia fatal su antorcha enciende;
Y en el crítico instante el gran Homero
Su noble canto entusiasmado emprende.
Asi tambien el Vate Mantuano
En el tirreno mar náufrago muestra
Por vez primera al ínclito Troyano:
De la implacable Juno
Escuchamos tronar el ronco acento,
Y su horrísona cárcel quebrantando
Despeñarse en el mar el raudo viento;
Mas la serena frente alza Neptuno,
Calma á una voz al pérfido elemento;
Y libres ya del destructor amago,
Tocan las naves del piadoso Enéas
La leve arena de la infiel Cartago.
Allí arrancando con dolor profundo
La triste voz del pecho enternecido,
El caso extremo de la amada patria
El huésped narra á la sensible Dido;
Y cual salvando entre el voraz incendio
De los desiertos lares
Los dioses tutelares,
Los restos de Ilion y la esperanza
Del prometido imperio
Osó fiar á los ignotos mares.
Como el águila audaz que en libre vuelo
De la vaga region se enseñorea,
Cruza el inmenso cielo,

Y en su altísima cumbre suspendida
Contempla desde el sol el bajo suelo:
Tal el divino Vate,
En alas del ingenio remontado,
Abraza con su vista cuanto encierra
En sus inmensos términos la tierra:
Ve en el Asia remota
Arder y hundirse los soberbios muros
Que Neptuno labró; de África altiva
Crecer en la ribera
Del romano poder la rival fiera;
Y en el suelo latino
Abrir el Hado eternos
Los cimientos del pueblo de Quirino.
Cuanto fue, cuanto existe, cuanto esconde
El hondo porvenir, está presente
Del sacro Vate á la inspirada mente;
Y en fatídico acento
Anuncia á los humanos
Del destino los íntimos arcanos.
A su divina voz descubre Enéas,
De gloria y de virtud resplandecientes,
En los Elíseos campos
De Julio á los ilustres descendientes;
Y en el estrecho monte Palatino
Nacer el pueblo á quien triunfante un dia
Del mundo el cetro reservó el destino.
Modesta emprenda la veraz Historia
Los graves hechos referir fielmente,
Y el sagrado depósito inviolable

Religiosa guardar de gente en gente;
La Musa celestial con noble audacia
Exorna, inventa, crea;
Y á la verdad solícita imitando,
Con sus gratas ficciones nos recrea.
La oscura tradicion, la antigua fama,
La fábula ingeniosa al noble canto
Añaden nuevo encanto;
Y arrastrada en el curso impetuoso
De la rápida accion, la razon misma
No percibe su engaño delicioso.
Cual cayendo de un monte á la llanura
Ensancha un rio su veloz corriente,
Sucédense las ondas á las ondas,
Y corre y se apresura
Hasta hundir en el mar la hinchada frente:
Tal Homero sublime
Rápido lleva al leve pensamiento
De portento en portento;
Y con sorpresa grata,
Al acercarse al término anhelado,
Lo eleva, lo enagena, lo arrebata.
¡Con qué placer de su inspirado labio
El generoso Griego escucharia
De su triunfante patria el desagravio!
Cada cual, á su voz, reconocia
Las naves, las banderas, los blasones,
Los ínclitos varones;
Y al escuchar su acento,
La sangre hervir sentia

Y el pecho retemblar con noble aliento.
¡Oh, si me diera un Dios su voz sonora,
Y nacer venturoso en claro dia
Cuando la patria mia,
La frente orlada de inmortal victoria,
Ambos mundos llenaba con su gloria!
Altivo, audaz, invicto, impetuoso
Las enemigas huestes arrollando,
Al Cid cual otro Aquiles cantaria,
Con su valor insigne
La gloria de los reyes eclipsando;
O á Córdoba triunfante
Llevando de Castilla los pendones
A cien y cien naciones;
O al gran Cortes, al español imperio
Uniendo con su brazo un hemisferio.
Cante con son robusto
El fogoso Lucano los horrores
De discordia civil, tintas las manos
En la sangre de míseros hermanos:
Con angustiosa pena
Volvemos de los bárbaros despojos
Los encendidos ojos;
Al ver ya sobre Roma la cadena,
Se estrecha el pecho, el corazon se oprime
Y solo entre las ruinas de la patria
La Sombra de Caton se alza sublime.
Mas cuando el sacro Homero
De Grecia canta la gloriosa lucha
Y el triunfo de las armas lisonjero,

El hijo de aquel suelo venturoso
Con incansable ardor su voz escucha;
Le sigue al campo, al muro, á la pelea;
Blandir quisiera la robusta lanza;
Y agítase impaciente,
De Aquiles lamentando la venganza.
Mira, distingue, toca
Cual vivos los objetos variados
En el cuadro bellísimo pintados;
Oye en los vientos el clamor de guerra;
Y al embestir la hueste,
Con profundo rumor temblar la tierra.
Cual vivo incendio en encumbrado monte
Por espaciosa selva se derrama,
Cunde la voraz llama,
Y llena con su lumbre el horizonte:
Asi corriendo á la mortal pelea
En el inmenso campo
La hueste de los Griegos centellea.
Arde la lid; renuévase; mil veces
Correr vemos la sangre en la llanura,
A la márgen del Símois y del Xanto,
Junto á la misma armada mal segura;
Y en cada trance fiero
Nuevos héroes y hazañas y prodigios
Presenta á nuestra vista el gran Homero.
¡Pues qué cuando sensible nos ofrece
A Andrómaca abrazando al tierno esposo,
Y al ínclito Guerrero
Besando al tierno infante cariñoso!

Con lágrimas de amor y de ternura
Presenciamos la amarga despedida,
Escuchamos su voz, vemos su rostro;
Y de la lucha el término infelice
Con grave afan el corazon predice.
La columna y sosten de un vasto imperio,
El consuelo de un padre, augusto, anciano,
Ante sus mismos ojos
Víctima cae de enemiga mano;
Y en los campos testigos de su gloria,
Hundida en polvo vil la regia frente,
El Caudillo bizarro
Exánime y sangriento
Del vengativo Aquiles sigue el carro.
Como suele tras hórrida tormenta
Que en tenebroso luto envolvió el suelo,
Sentir el alma plácido consuelo
Cuando nuncio de paz Iris se ostenta:
Asi al ver aplacarse la atroz ira
Del fiero Vencedor, la piedad blanda
Asilo hallando en su acerado pecho,
Calmado y satisfecho
Nuestro oprimido corazon respira.
Al fin da tregua á su furor Aquiles:
Y halla á sus pies en triste desconsuelo
Al tierno padre, al ínclito monarca,
Feliz un dia cuando quiso el cielo;
Y hora lloroso, humilde, arrodillado,
Al homicida mismo
De un hijo pide el cuerpo inanimado.

Demándale piedad, ínstale, ruega;
El recuerdo de un padre tierno invoca;
Y la mano cruel que hirió á sus hijos,
La mano con su sangre salpicada,
Trémulo estrecha y con sus labios toca.
Calla el héroe inmortal; mas ya en sus ojos
Lágrimas de ternura brotar veo;
Clávase en su honda mente
La memoria de un padre, anciano, ausente;
Y antes que mueva el labio, el dulce triunfo
De la santa piedad fácil preveo.
Parece que las Gracias conducian
El divino pincel del sacro Homero;
Afables cual en dia placentero
El ceñidor á Vénus ofrecian:
En sus inmensos cuadros
Fácil el plan el ánimo concibe,
Y en cien y cien figuras agrupadas
La accion, el rostro, la expresion percibe.
Aquel anciano grave
Que en el alto congreso de monarcas
Sus iras templa en ademan suave,
Es Néstor el prudente:
Con fingida modestia artificioso
Los ánimos rebeldes cautivando,
Oigo la voz de Ulises valeroso,
Cauto en el riesgo, en plática elocuente:
Intrépido, animoso
Combatir y triunfar solo aconseja
Diomedes impaciente;

Si combate en el campo, es un torrente.
Allí unidos su hueste acaudillando
A entrambos Ayax veo:
Ágil, veloz, fogoso,
Distingo al hijo del insigne Oileo,
Lanzándose á la lid cual leon furioso;
Mientras firme y tenaz alzarse miro
De Telamonio el cuerpo giganteo,
Las enemigas haces contrastando;
Cual con inmóvil planta inmensa roca
Del mar resiste al ímpetu impotente,
Y con la altiva frente
Al Aquilon y al Ábrego provoca.
En medio de tan ínclitos guerreros
Con noble magestad descuella Aquiles;
Como brilla del sol á la vislumbre,
Alzada sobre un monte y otro monte,
De los nevados Alpes la ardua cumbre.
El rostro, el ademan, el fiero porte
Del héroe muestran la divina estirpe:
Parece Apolo en la veloz carrera;
Y en la batalla fiera
Blandir la lanza del feroz Mavorte.
Ricos despojos y gloriosa palma
Esperan los caudillos valerosos
Gozar un dia en apacible calma,
Al tornar á sus lares venturosos;
Mas el divino Aquiles
Para siempre la paz, el patrio suelo,
De un trono las delicias,

El tierno amor de un padre,
De un hijo idolatrado las caricias,
Intrépido abandona;
Y aun roja con su sangre
Ceñir anhela la inmortal corona:
Que sabedor de su enemiga suerte,
El decreto arrostrando del destino,
Combate y triunfa y torna á la pelea
Y al frente de Ilion busca la muerte.
Pendiente está de él solo
De numerosa hueste la esperanza,
La salud ó la ruina de un imperio,
El baldon de la patria ó su venganza;
Y do quiera que atónitos volvamos
La vista en derredor, grande, sublime,
Siempre al divino Aquiles divisamos.
Su airada voz resuena,
Y la enemiga hueste triunfadora
Su libre curso enfrena;
Tímido y mal seguro
Héctor, de mil laureles coronado,
Huye á su vista ante el troyano muro;
Y si durante la tremenda ira
Del Caudillo inmortal, su brazo niega
A la fatal refriega,
Al ver la inmensa hueste debelada
Y ya ardiendo la armada,
El clamor de los Griegos escuchamos;
Y con inquieto afan y mudo asombro
Aun mas grande en su ausencia le admiramos.

Mas no bastaba á Homero
De la humana natura
Desplegar la magnífica pintura:
Lleno de un Dios el inspirado pecho,
Deja la humilde tierra
En sus inmensos límites estrecho;
Y ya con vuelo osado se sublima
Del Olimpo á la cima,
Ya rápido desciende
Donde el profundo Abismo
Sus negras sombras pavoroso tiende.
De magestad ornado
Al poderoso Júpiter nos muestra,
De las altas Deidades acatado
Y ardiendo el rayo en su invencible diestra.
Sobre el tendido espacio
Del undísono mar reina Neptuno:
En su profundo seno
Brilla argentado el nítido palacio;
Y cual Céfiro leve
Que la espalda del mar apenas riza,
El carro de oro y nácar
Sobre las mansas olas se desliza.
Mas de hierro las puertas rechinando
Sobre el quicial eterno,
Lanzándose del trono
Al Dios descubren del profundo Averno;
Cuando temió que en su tremendo encono
Clavando el fiero Hermano su tridente,
Por el seno entreabierto de la tierra

De la divina Musa solo suena
Noble diccion, riquísima, sonora;
Y elevando su voz encantadora,
De grata admiracion el orbe llena.
 Mas no á tan ardua empresa
Oseis alzar, ó jóvenes hispanos,
Los ánimos lozanos;
Que no dió Apolo á esfuerzos juveniles
Cargar en flacos hombros
La inmensa gloria del divino Aquiles.
Con rubio bozo el tierno Garcilaso
De guerreros laureles se cubria;
Y apenas se atrevia
A cantar en sus versos los amores
Y el dulce lamentar de los pastores:
De pámpanos y rosas coronada
Villegas ensayó la blanda lira,
Por el Amor templada;
Y en el Tórmes tranquilo,
La Paloma de Filis envidiando,
La misma Vénus inspiró á Batilo.
 ¡Dichoso aquel á quien las sacras Musas
La cuna remecieron,
Y lauro peregrino
Para ceñir su frente apercibieron!
Ya empero que á mi anhelo generoso
Ingratas niegan su favor divino,
Al pie del Helicon, la estrecha via
Que por su cumbre guia
De la Gloria inmortal al sacro templo
Mostraré con mi voz, no con mi ejemplo.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm